

LECCIÓN

4

La Ley y el Evangelio

IDEA CENTRAL

Continuamos pensando en cómo el Evangelio interactúa con nuestras propias vidas, pero ahora lo haremos considerando la relación que existe entre el Evangelio y la ley. ¿Qué es la ley? ¿Espera Dios que yo la obedezca? ¿Cuál es el propósito de la ley? ¿Cómo es que la ley me ayuda a creer en el Evangelio? ¿Cómo es que el Evangelio me ayuda a obedecer la ley? Estas son las preguntas que abordaremos en esta lección.

Lección 4

ARTÍCULO

La Ley y el Evangelio

Aun un lector eventual puede ver que la Biblia está llena de mandatos, prohibiciones y expectativas. Nos dice qué hacer y qué no hacer. Estas reglas o leyes frecuentemente representan un obstáculo para la fe. Los no cristianos se oponen al cristianismo porque parece “un sinnúmero de normas y reglas”. Y aún los cristianos fieles luchan para entender cómo es que la Ley de Dios y el Evangelio de Dios se relacionan. Después de todo, si estamos reconciliados con Dios por gracia y no por obras, ¿realmente importa si obedecemos o no?

Cuando no entendemos la relación entre la ley y el Evangelio somos llevados a dos errores opuestos pero igualmente destructivos: el **legalismo** y el **libertinaje**. Los legalistas continúan viviendo bajo la ley, creyendo que la aprobación de Dios de alguna manera depende de lo correcto de su conducta. Las personas libertinas descartan la ley, creyendo que porque están “bajo la gracia”, las reglas de Dios no importan mucho. Estos dos errores han existido desde los tiempos de los apóstoles. El libro a los gálatas fue escrito para combatir el error del legalismo: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:3). El libro a los romanos trata sobre el error del libertinaje: “¿Qué, pues? ¿Pecaremos, porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia?” (Romanos 6:15).

Tanto el legalismo como el libertinaje son destructivos para el Evangelio. Para evitar estas dificultades debemos entender la relación bíblica entre la ley y el Evangelio. En una palabra, aquí está cómo Dios ha diseñado que funcionaran: la ley nos conduce al Evangelio y el Evangelio nos

libera para obedecer la ley. Darnos cuenta de todo lo que Dios espera de nosotros nos debería llevar en desesperación a Cristo. Pero una vez unidos a Cristo, el Espíritu Santo que mora en nosotros nos lleva a deleitarnos en la ley de Dios y nos da poder para obedecerla. En su comentario sobre Romanos, Martín Lutero lo resume de esta manera: “La ley, bien entendida y comprendida exhaustivamente, no hace nada más que recordarnos nuestro pecado, matarnos por medio de él, y hacernos sujetos de la ira eterna... La ley no puede ser guardada por el poder humano, sino solo a través de Cristo, quien derrama al Espíritu Santo en nuestros corazones. Cumplir la ley... es hacer sus obras con placer y amor... [los cuales] son puestos en nuestro corazón por el Espíritu Santo.”

Lee la última frase una vez más: “Cumplir la ley... es hacer sus obras con *placer y amor*.” Saber lo que Dios requiere no es suficiente. Obedecerlo “porque se supone que es lo que tenemos que hacer” no es suficiente. Cumplir verdaderamente la ley significa obedecer a Dios con placer y amor, porque el Espíritu Santo mora en nosotros. “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmo 40:8).

¿Cómo es que podemos llegar a ser la clase de personas que ama a Dios y se deleita en su ley? La respuesta es: a través del Evangelio.

Primero, es a través del Evangelio que nos damos cuenta de nuestra desobediencia a la ley de Dios. El primer paso en el camino del Evangelio es darse cuenta de que “todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23), y que nuestra desobediencia a la ley de Dios nos deja bajo maldición: “Porque todos los que dependen de las obras de la ley están bajo maldición” (Gálatas 3:10).

Segundo, es a través del Evangelio que somos liberados de la maldición de la ley. Estas son las buenas nuevas del Evangelio: Dios está dispuesto a perdonarnos si nos volvemos a Jesús y somos justificados — declarados “no culpables” ante los ojos de Dios — por la fe en Él. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado de un madero), para que en Cristo Jesús la bendición... alcanzase..., a fin de que por la fe recibiésemos la

promesa del Espíritu” (Gálatas 3:13-14). Jesús no sólo expió nuestras imperfecciones, sino que además consiguió nuestra perfección a través de su obra en la Cruz. Y por su resurrección nos ha liberado para siempre, para vivir por Él (2 Corintios 5:14-15). La ley ya no nos juzga. Dicho en lenguaje bíblico: ya no estamos “bajo la ley” (Romanos 6:14).

Tercero, es a través del Evangelio que Dios envía al Espíritu Santo a habitar en nosotros, transformando nuestros corazones, permitiéndonos amar verdaderamente a Dios y a los demás. Como resultado de nuestra justificación por fe “el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). Comúnmente leemos la frase “el amor de Dios” en estos versículos como el amor de Dios para nosotros. Pero contextual y lingüísticamente esta frase también tiene el sentido del “amor que viene de Dios” o “amor por Dios”. Puesto que Dios nos ama, ha puesto en nuestros corazones su propia capacidad de amar y deleitarse en Sí mismo. Jesús oró que el mismo amor que Dios el Padre tiene por su Hijo estuviera en nosotros: “Y les he dado a conocer tu nombre... *para que el amor con que me has amado, esté en ellos, y yo en ellos*” (Juan 17:26).

Un verdadero cristiano obedece la ley de Dios, pero no por obligación o deber, sino por amor, porque “el cumplimiento de la ley es el amor” (Romanos 13:10). Tanto el legalismo como el libertinaje están fundamentalmente centrados en uno mismo. Los legalistas y los libertinos no están enfocados en deleitarse en Dios ni en la ley, sino que están centrados en sí mismos: “Guardo la ley” o “No guardo la ley”. Pero el Evangelio nos libera de nuestro “ensimismamiento” y nos hace ver hacia afuera. Vemos que la ley de Dios no es para restringirnos sino para liberarnos: es “la ley de la libertad” (Santiago 1:25). Es una ley que nos apunta a Jesús.

Romanos 10:4 dice, “porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”. En otras palabras, el propósito, la meta, el objetivo de la ley es llevarnos a Jesús. Cuando realmente entendemos lo que estos versículos están diciendo, empezamos a ver que cada mandato en la Biblia nos apunta a Jesús, quien cumple ese mandamiento por nosotros y en nosotros. Él es nuestra justicia. No tenemos que construir una propia.

Nosotros no somos capaces de hacer lo que la ley nos manda, pero Jesús lo ha hecho por nosotros. Y puesto que Él vive en nosotros por su Espíritu, hemos sido capacitados para cumplir la ley, no por obligación, sino por deleite. Así que cada mandato en las Escrituras nos señala nuestra propia ineptitud (la línea inferior del diagrama de la Cruz), engrandece la naturaleza santa y buena de Dios (la línea superior del diagrama de la Cruz), y nos lleva a ver a Jesús como el Único quien perdona nuestras desobediencias y nos ayuda a obedecer. En otras palabras, la ley nos acerca a Jesús y Jesús nos libera para obedecer la ley.

Lección 4

EJERCICIO

El Marco del Evangelio y la Ley

Un “marco” es un patrón de pensamiento, un filtro por el cual pasan las ideas, una manera particular de ver algo. Entender la Biblia y articular el Evangelio de formas creativas y relevantes implica aplicar varios marcos para que la verdad sea más clara. En la primera lección te dimos lo que llamamos el “marco del Evangelio”, ilustrado por el cuadro de la Cruz. Esta semana aprenderemos cómo entender la ley de Dios a través de ese marco.

Cada pasaje de las Escrituras afirma un imperativo moral, explícita o implícitamente. Por ejemplo, un versículo te puede decir que no mientas. Tú puedes responder a este imperativo de tres formas diferentes:

LEGALISMO: Puedes esforzarte por no mentir. Esto es lo que significa estar bajo la ley. Inevitablemente descubrirás que no puedes vivir sin mentir, aunque bajes tu nivel de exigencia de lo que significa *no mentir* en el sentido puro de la palabra.

LICENCIA: Puedes admitir desde el principio que no puedes obedecer este mandamiento y simplemente lo descartas como un ideal bíblico, el cual, de hecho, no esperas obedecer. Esto es lo que significa abusar de la gracia de Dios y rendirse al pecado.

EVANGELIO: Este es el marco que queremos aprender. Y funciona así:

1. Dios dice, “No mientas” (la línea superior del gráfico de la Cruz: la Santidad de Dios)

2. Yo no puedo obedecer este mandamiento porque soy pecador (la línea inferior del gráfico: mi naturaleza pecaminosa)

3. Jesús obedeció este mandamiento perfectamente. (Puedo señalar un sinnúmero de ejemplos en su vida terrenal según quedaron registrados en los Evangelios.) Jesús hizo lo que yo debería hacer (pero no puedo) como mi sustituto para que Dios pueda aceptarme (2 Corintios 5:17).

4. Puesto que Jesús obedeció la ley perfectamente y ahora vive en mí, y puesto que soy aceptado por Dios, ahora soy libre para obedecer este mandamiento por la gracia y el poder de Dios que operan en mí.

Aplicar este marco de trabajo a tu estudio bíblico te ayudará a creer en el Evangelio y a obedecer la ley sin caer en el legalismo o en la licencia. Esto te da poder para experimentar la realidad de que el Evangelio lo cambia todo.

EJERCICIO PRÁCTICO

Leer un pasaje juntos y aplicar este marco. (Escoger entre Santiago 2:1-7; Filipenses 4:4-7; 1 Pedro 3:9)

¿Cuál es el mandato?

¿Por qué no puedes cumplirlo? (Sé específico sobre la lucha que tienes para obedecer este mandato.)

¿Cómo cumplió Jesús este mandato perfectamente? (Fíjate en ejemplos específicos en los Evangelios.)

¿Cómo puede el Espíritu de Dios en ti darte poder para obedecer este mandato (en situaciones específicas)?